

Una semblanza olvidada de doña Emilia Pardo Bazán

Francisco Trinidad

(CENTRO DE INTERPRETACIÓN PALACIO VALDÉS)

RESUMEN

En el presente artículo se rescata una olvidada semblanza de doña Emilia Pardo Bazán escrita por uno de los más significados escritores anarquistas de la primera mitad del siglo XX, Felipe Aláiz de Pablo (1887-1959), que la publicó dentro de una nutrido catálogo de “Tipos españoles” –así se titulaba la serie que los recoge– compuesta de escritores, pintores y hasta políticos españoles de la época, que fue viendo la luz entre 1933 y 1936 en *La Revista Blanca*, una de las revistas anarquistas más significadas en su tiempo. Ésta de doña Emilia que hoy rescatamos fue publicada en dicha revista en febrero de 1936.

PALABRAS CLAVE: Pardo Bazán, Felipe Aláiz, Federica Montseny, *Revista Blanca*, semblanza, Marineda, anarquismo.

ABSTRACT

A forgotten biographical sketch of Pardo Bazán written by Felipe Aláiz de Pablo (1887-1959), one of the most remarkable anarchist writers of the first half of the 20th century, is recovered in the present article. The sketch was published within a well-nourished catalogue of “Tipos españoles” (as entitled in the series collected) composed of writers, painters and Spanish politicians of that time. It was given birth between 1933 and 1936 in *La Revista Blanca*, one of the most significant anarchist magazines of that epoch. This one about Mrs. Pardo Bazán, recently recovered, was published in February 1936 in the magazine previously mentioned.

KEY WORDS: Pardo Bazán, Felipe Aláiz, Federica Montseny, *Revista Blanca*, biographical sketch, Marineda, anarchism.

Entre las muchas publicaciones anarquistas de comienzos del siglo XX *La Revista Blanca*, fundada en Madrid por Joan Montseny y Teresa Mañé –matrimonio que usaba los seudónimos de Federico Urales y Soledad Gustavo–, apareció en Madrid en junio de 1898, con el subtítulo de «Publicación quincenal de sociología, ciencia y arte», y en ella se dieron cita muchos de los intelectuales de la época, desde Azorín a Julio Camba y desde Ramiro de Maeztu a Pi y Margall, pasando por Miguel de Unamuno, Jacinto Benavente o Leopoldo Alas “Clarín”, quienes, junto con otros colaboradores, cubrieron una primera etapa que se extendió hasta 1905 y que ha sido analizada en una reciente monografía (Valle-Inclán 2008).

A partir del 1 de junio de 1923, con el matrimonio Montseny-Mañé exiliado en Barcelona, reaparece en esta ciudad *La Revista Blanca*, en un nuevo periplo quincenal que se extiende hasta noviembre de 1933 en que pasa a ser semanal y se hacen una serie de reformas en sus contenidos; entre ellos, según se anuncia en su número 251, de 1 de noviembre de 1933, el que “La crítica literaria y artística estará en manos de Federica Montseny y de Felipe Aláiz, a quien hemos encargado dé una impresión de cada personaje político y literario español.” Fruto de este encargo es su serie de “Tipos españoles” en la que Aláiz traza más de cuarenta semblanzas de personajes de todo tipo y condición: pintores, políticos, escritores... Entre ellas se cuenta la de Emilia Pardo Bazán que traemos a estas páginas.

Felipe Aláiz de Pablo (1887-1959) fue escritor y periodista, con gran presencia y predicamento en los movimientos y las publicaciones anarquistas de su tiempo. Desplegó una gran actividad en la prensa de la época desde muy joven –abandonó sus estudios reglados para dedicarse al periodismo–, a veces y como correspondía al momento de manera harto combativa, lo que le llevó en diversas ocasiones a la cárcel. Según “Fontaura” –seudónimo de Vicente Galindo Cortés (1902-1990)– fue “uno de los más ágiles periodistas libertarios” (Fontaura 1990: 86). Ejerció un periodismo, entre militante y bohemio, en la prensa federalista, regionalista y extremista de la época, motivo por el que vivió en diversas ciudades: Zaragoza, Huesca, París, Tarragona, Lérida, Valencia, Sevilla, Madrid y sobre todo Barcelona, donde recalaba una y otra vez con distintos proyectos. “Perdido en la oscuridad sin remedio de la historia del anarquismo”, según escribirá Javier Cercas (2007), toda su trayectoria –salvo una breve recalada en *El Sol*, al parecer invitado por el propio Ortega y Gasset– se ejerce en medios de este signo, el anarquista, donde desarrolla un periodismo comprometido. *Solidaridad Obrera*, de la que fue director, *España Nueva*, *Aragón*, *Revista de Aragón*, *Revista Nueva*,

Crisol, *La Batalla*, *El Luchador*, *Tierra y Libertad*, *Acracia* y la revista que nos ocupa fueron algunos de los medios en los que publicó Aláiz, que editó además algunas novelas cortas como *Quinet* (1924) y otros títulos menos conocidos.

Aquellas semblanzas que le encomendara *La Revista Blanca*, publicadas entre 1933 y 1936, se reunirían póstumamente en dos volúmenes editados en París en 1962 y 1965 y, como en la revista, serían titulados *Tipos españoles*. Curiosamente, en ninguno de los dos volúmenes incluye esta semblanza de Emilia Pardo Bazán que hoy recordamos y que había aparecido en el número 369, de 14 de febrero de 1936; y cabe preguntarse si no se incluye porque a Felipe Aláiz no le gustaba cómo le había quedado o porque, en realidad, la que le disgustaba era la Pardo Bazán. Aunque esta ausencia bien pudiera deberse a una descuidada selección del editor final, “Fontaura”, que firma el prólogo de presentación, cuando no a una selección incompleta del propio Aláiz al que seguramente sorprendió la muerte mientras preparaba esta edición. Entre otras cosas, porque nada parecen tener en común las que no se incorporan a estos *Tipos* desde *La Revista Blanca*: Bretón de los Herreros, Luis López Allué, Pablo de Olavide, el librero Palau o su correligionario el escritor anarquista Joaquín Maurín (Carrasquer 1993: 43-54), junto a personajes populares cuya exclusión –por haber sido incluidos circunstancialmente, quizás para acercarse a los lectores de la revista– es más comprensible, como su profesor de Historia Universal y cazador empedernido Don Herminio; Bayona, otro de sus maestros; Ramón Arias, el ‘protagonista’ de la novela de Manuel D. Benavides *Un hombre de treinta años* (1933); una niña triste a la que le gusta el tango como se intuye desde el propio título de la semblanza, “Nuria, melodía de arrabal”; o el médico Solano, que rehúye cualquier tipo de discusión. Entendiendo que Aláiz hubiera pretendido prescindir de estos que he llamado tipos populares, resulta más extraña la ‘poda’ de los otros nombres, incluyendo el de nuestra doña Emilia y teniendo en cuenta el elenco incorporado a la edición parisina, donde no desentonaría ninguno de estos nombres, especialmente, y subrayando su trayectoria, los de Allué, por aragonés como el propio Aláiz, y Maurín, por aragonés y por anarquista.

Independientemente de la razón por la que no incluyera esta semblanza de Pardo Bazán entre las recogidas en los dos volúmenes de *Tipos españoles*, lo cierto es que no parece gustarle mucho la actitud y la novela de doña Emilia, al igual que le disgustan casi todos los novelistas y poetas del XIX. En esta misma entrega, hace un apretado balance de sus fobias:

La novela del siglo pasado, en su segunda mitad, porque en la primera no existía apenas ya que sólo se leían malos folletones traducidos, fue un conjunto excesivamente frondoso de endechas amorosas y jaculatorias religiosas. En realidad se escribían novelas para guiar a los lectores al cielo y pasar el rato con un entretenimiento inocente. Una novela era una letanía. Valera el melifluo parecía o quería parecer demoníaco y todas sus heroínas son inteligentes, como sus héroes torpes. Alarcón recogía las pesadas chanzas del corregidor y la picardía inteligente de la molinera. Galdós hacía el amor a Clío maquillada, tatuada con estampilla, liosa, sin entronque con las realidades privadas ni con la vida cotidiana aunque ésta la pintara bien a veces, más por intuición que por compulsión. Trueba parecía un arcángel rosado y Pereda un azucarado cura cazador. El jesuita Coloma había bebido a la vez que en Zola en la fuente idílica de la lozana andaluza autora de “La Gaviota”. Campoamor era un supuesto poeta endiabladamente completamente, afeminado por la empalagosa fruición de definir como sicalipsis el amor, fruición que ninguna poetisa sintió más que al sentirse presumida como un marimacho. Palacio Valdés era un novelista tan azucarado como hoy Pérez y Pérez, Núñez de Arce una mirliflor y Picón una monja (Aláiz 1936: 125).

Ya en ocasión anterior había hecho un diagnóstico similar, aunque en este caso se fija también en sus propios contemporáneos. Tras asegurar que “es evidente que la novela española actual resulta una novela entre patética, pedante y pornográfica” (Aláiz 1934: 735), apunta que “España tiene novela contemporánea en castellano gracias principalmente a Baroja” –a quien dedica una semblanza de cuatro entregas– y agrega a renglón seguido:

Galdós fue algo pazguato; Valera, redicho y pretencioso; Blasco Ibáñez parece un azulejo con mucho color y poco fuego para fijarlo; Valle-Inclán resulta más pedante que un currutaco de los que ponía en evidencia Ramón de la Cruz; Unamuno es el fraile empeñado a la vejez en hacer solitarios como retruécanos; Palacio Valdés tiene una mentalidad salesiana; de Ayala puede decirse que así como no hay catedrales Luis XV quiere ser una catedral Luis XV. Baroja rompe con todas estas figuras de cera [...] Tiene una acometividad permanente contra el histrionismo español, del que es el principal debelador (Aláiz 1934: 787).

Como se puede apreciar, al único que salva de esta quema es a Pío Baroja y, por otras razones, como veremos, a don Ramón de la Cruz. Dice José Peirats en el prólogo a su novela corta *Quinet* (Paris, 1961) que Felipe Aláiz mantuvo gran “amistad con Pío Baroja a quien acompaña en una jira de éste de propaganda electoral por Aragón” (Carrasquer 1981: 13) en 1919, aunque Aláiz (1934: 788) no lo considere esencialmente anarquista:

Se ha dicho que Baroja es anarquista. Creo que se calificó un poco apresuradamente al escritor. Es un rebelde que coincidió a veces con los anarquistas, sobre todo con los de tendencia individualista, mientras el comunismo político español coincide con el padre Gafo y en disciplina con los mamelucos que llevaba Napoleón.

Como puede observarse en estos párrafos, y como puede derivarse de los calificativos y forzadas metáforas con que pretende describir a los distintos escritores, el estilo de Felipe Aláiz, a través de una retórica florida y tumescente, asume cierta distancia, más despectiva que irónica, cultivada con un desgarró expresivo en el que suman por igual el énfasis combativo y los destellos e intuiciones cercanas a la sinestesia. Y ello a pesar de cultivar una prosa bien cuidada, de escritor hecho y derecho, que sin embargo queda oscurecida, o cuando menos desdibujada, por el abuso de arabescos y taraceas que no traspasan el límite de los lugares comunes de los que procura alejarse a base de florituras. Baste echar una simple ojeada a algunos de los títulos de estos retratos, tomados al azar y sin orden, para comprender exactamente lo que vengo diciendo: “Gumersindo de Azcárate, sedante de un sedante”; “Valle-Inclán, anticuario, amanuense y funcionario”; “Lerroux, el convidado de piedra”; “Jacinto Benavente: Campoamor furtivo”, “Fernando de los Ríos: una petenera en un entierro”; “Eugenio Noel, el hijo de una lavandera”: “Echegaray, rectilíneo en el cálculo y dramaturgo de pasiones curvadas”; “Manuel Azaña, el energúmeno sentimental”; “El padre Coloma, tonsurado y zolesco”; “Campoamor, amante de su musa: Mari-Castaña” o, en fin, “El duque de Rivas o la flaqueza del sino”.

El título de la de nuestra autora no es menos ominoso: “Emilia Pardo Bazán, granjera coruñesa”; y supongo que es casualidad el que unos meses antes, en el mes de julio de 1935, el retrato de Samaniego utilizara idéntica definición –“granjero riojano”– sin pretender analogías que no caben entre la novelista coruñesa y el fabulista riojano, a pesar de esa común apelación a la “granja”. A Samaniego, por cierto, lo hace “riojano” sin explicar si es porque nació en Laguardia, capital de La Rioja alavesa, o por sus tropiezos con el Tribunal de la Inquisición de Logroño por el desenfado irreverente de algunas de sus obras.

Alguno de sus comentaristas, entre los que abundan los panegiristas y hagiógrafos, ha señalado que “su agudeza va acompañada de cierto humor y de un espíritu mordaz y extremadamente crítico no siempre acertado” (Mañá 1997: 403), cifrando su procedimiento crítico en “caricaturizar las ideas, hacerlas rechinar si son de otro, y dejar pasar las propias como fondo natural de caricato, con obviedad ingenua, como de cajón” (Carrasquer 1981: 17). Que es exactamente lo que hace en esta semblanza –he dado en llamarla así, aunque tiene menos de ‘bosquejo biográfico’ que de caricatura– de Emilia Pardo Bazán, en la que, como el lector puede apreciar desde el mismo título, busca forzar las imágenes y hace chirriar los goznes que van de la

lectura a una interpretación que se adivina cuando menos engañosa, siquiera desde un punto de vista histórico-literario. A través de metáforas arriesgadas –“puso medias suelas al romanticismo”, “lucha de Eva contra un Adán de pantalón caedizo”, [es la novela] “una especie de juego de prendas”...– y de saltos en el vacío que concluyen en puro vértigo, mera sensación sin significado, alterna las informaciones puntuales con cierta evanescencia en una suerte de respuesta visceral a pulsiones, casi se diría falsillas, que se pretenden ideológicas sin pasar de tópicos, pues su único intento es, como diría Barthes, pasar del Larousse a la metáfora, “comme s’il sufissait de mal nommer les choses pour les poétiser” (Barthes 1957: 158)¹, sobre todo en los últimos párrafos, que parecen estar entretejidos de fragmentos inconexos, al modo de apuntes, como si el tiempo de cierre del correspondiente número de *La Revista Blanca* hubiera forzado la urgencia en cerrar este texto que, aunque cicatero y muchas veces arbitrario, no deja de tener su interés como documento histórico.

¹ En este sentido, y a fin de señalar directamente esta desconexión entre los datos y su significado una vez convertidos en significante metafórico o en juego de palabras o en lo que Felipe Aláiz realmente pretendiera, puedo contar mi propia experiencia. Dispuesto a desentrañar qué se escondía realmente detrás de esa mención a “algunos lobeznos de Coria como Cánovas y Castelar”, cuya identificación o iluminación no encontré en mis fuentes habituales, incluida el inevitable recurso a Google, llegué incluso a consultar, a través de mi buen amigo Etelvino González –a quien desde aquí agradezco sinceramente sus gestiones–, a los eruditos de Coria (Cáceres) Juan Pedro Moreno y Miguel Iglesias que, tras darle vueltas a posibles conexiones, acabaron mostrando idéntica perplejidad a la mía.

BIBLIOGRAFÍA

- Kasabal (1897): “Doña Emilia Pardo Bazán”, *La Ilustración Artística*, núm. 802, 10 de mayo, págs. 307-308.
- Alaiz, Felipe (1934): “Pío Baroja, chapelaundi”, *La Revista Blanca*, núm. 297, 28 de septiembre, págs. 733-735; 299, 12 de octubre, págs. 786-788; 301, 26 de octubre, págs. 833-835 y 303, 9 de noviembre, págs. 881-882.
- Aláiz, Felipe (1936): “Emilia Pardo Bazán, granjera coruñesa”, *La Revista Blanca*, 14 de febrero, págs. 125-128.
- Aláiz, Felipe (1962): *Tipos españoles*, París, Ed. Umbral, t. I.
- Aláiz, Felipe (1965): *Tipos españoles*, París, Ed. Umbral, t. II.
- Alerm, Carme (2003): “Valle Inclán a través de Felipe Aláiz de Pablo (1887-1959)”, *El pasajero*, en <http://www.elpasajero.com/alaiz.htm>.
- Barthes, Roland (1957): *Mythologies*, Paris, Éditions du Seuil.
- Carrasquer Launed, Francisco (1993): “Cinco oscenses: Samblancat, Aláiz, Acín, Maurín y Sender, en la punta de lanza de la prerrevolución española”, *Alazet: Revista de filología*, núm. 5, 1993, págs. 9-70.
- Carrasquer, Francisco (1981): *Felipe Aláiz. Estudio y antología por Francisco Carrasque del primer anarquista español*, Madrid, Júcar.
- Cercas, Javier (2007): “Arte de escribir sin arte”, *El País*, Madrid, 28 de enero.
- Dueñas Lorente, José Domingo (2000): *Costismo y anarquismo en las letras aragonesas. El grupo de Talió (Samblancat, Aláiz, Acín, Bel, Maurín)*, Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- Fontaura (1990): *El periodismo independiente y libertario de Felipe Aláiz*, Vitoria, Asociación Isaac Puente.
- Mañá, Gemma et al. (1997): *La voz de los naufragos. La narrativa republicana entre 1936 y 1939*, Madrid, Ediciones de la Torre.
- Valle-Inclán, Javier del (2008): *Biografía de “La Revista Blanca”, 1898-1905*, Barcelona, Sintra.

APÉNDICE

Tipos españoles

Emilia Pardo Bazán, granjera coruñesa

Dedico este trabajo a Federica Montseny que acaba de pasar por Marineda².

Carlismo y misticismo. Estas dos características tiene la obra primeriza de Emilia Pardo Bazán. Después del misticismo y del carlismo, cierto sentimiento –muy aguado o diluido– de patria precaria y chillona. A ratos, vértigo condal. Pero lo que verdaderamente sintió con frenesí fue la pasión de vivir por su cuenta y riesgo. Y recordemos que el riesgo no era pequeño en su tiempo pacato.

A fin de siglo estaba ella en la cima literaria. Como ningún plumífero sintió el cambio de clima novelesco. ¿Iba España arrinconando aficiones añejas? El romanticismo expiraba como un personaje de Echegaray con las manos cómicamente crispadas. ¿Quedaba *la patria* después del flamenco y desastrado 98? ¿Qué patria? Porque la patria española era un desierto polvoriento con quince o veinte millones de esteparios. Los mejores de éstos eran descamisados y analfabetos, anarquistas y gitanos.

Había una literatura inconformista. Bien. Siempre la hubo en la oposición política, culminante siglos atrás con Quevedo. Pero Emilia Pardo Bazán no era de la oposición política. Era de la oposición valerosa de la mujer contra el hombre. En España esta cruda y muchas veces heroica lucha de Eva contra un Adán de pantalón caedizo, inteligencia roma y hábitos autoritarios, ha tenido episodios admirables. La mejor literatura costumbrista demuestra que el español es un pazguato. En los géneros populares –romanza, letrilla, sainete, verso, zarzuela, entremés– los hombres son unos perfectos idiotas como en la realidad y las mujeres siempre resuelven con inteligencia los problemas que los hombres

² Federica Montseny visitó Galicia en diciembre de 1935, pronunciando diversas conferencias y mítines en diferentes lugares de Galicia, Cabovilaño, Vilagarcía, Viveiro, Elviña, Sada, Irixoa, Betanzos y San Pedro de Nós, además de en A Coruña, a la que califica como “la bella, sólo entrevista, y que tan buena, tan acogedora, tan cordial y entusiasta habrá de resultarme”, según recoge en la tercera de las entregas (*La Revista Blanca*, núm. 365, de 15 de enero de 1936) de sus “Impresiones de un viaje por Galicia”, que recogió esta revista en sus números 363-368, y que años más tarde, en 1996, el Ateneu Libertario “Ricardo Mella” recogió en un volumen.

quieren resolver a cintarazos. En todos los sainetes de Ramón de la Cruz los hombres son verdaderas calamidades y sólo las mujeres tienen sentido³.

La robusta condesa de Pardo Bazán anduvo siempre entre la más extraña fauna. Tan pronto se ponía a retozar con los corderillos de Asís como retrataba recodos y tipos de su Coruña tan recordada –Marineda– o explicaba literatura moderna en una cátedra oficial. Algunos lobeznos de Coria como Cánovas y Castelar eran sus contertulios, pero la escritora prefería a estos lobeznos deteriorados por la política el rugido de un tigre de Bengala como Blasco Ibáñez, que se batía cada semana y a las pocas horas parecía tan campechano como un dulzainero si se reía de los partidos.

Emilia Pardo Bazán puso medias suelas al romanticismo, como Fernán Caballero. Eran unas medias suelas de realismo zolesco. La novela del siglo pasado, en su segunda mitad, porque en la primera no existía apenas ya que sólo se leían malos folletones traducidos, fue un conjunto excesivamente frondoso de endechas amorosas y jaculatorias religiosas. En realidad se escribían novelas para guiar a los lectores al cielo y pasar el rato con un entretenimiento inocente. Una novela era una letanía. Valera el melifluo parecía o quería parecer demoníaco y todas sus heroínas son inteligentes, como sus héroes torpes. Alarcón recogía las pesadas chanzas del corregidor y la picardía inteligente de la molinera. Galdós hacía el amor a Clío maquillada, tatuada con estampilla, liosa, sin entronque con las realidades privadas ni con la vida cotidiana aunque ésta la pintara bien a veces, más por intuición que por compulsión. Trueba parecía un arcángel rosado y Pereda un azucarado cura cazador. El jesuita Coloma había bebido a la vez que en Zola en la fuente idílica de la lozana andaluza autora de “La Gaviota”. Campoamor era un supuesto poeta endiablado completamente, afeminado por la empalagosa fruición de definir como sicalipsis el amor, fruición que ninguna poetisa sintió más que al sentirse presumida como un marimacho. Palacio Valdés era un novelista tan azucarado como hoy Pérez y Pérez, Núñez de Arce una mirliflor y Picón una monja.

³ No deja de resultar curioso, cuando no extraño, que ponga como testigo y referencia de lo que hoy llamaríamos diferencia de género a don Ramón de la Cruz, al que menciona varias veces en estas semblanzas de *La Revista Blanca*, siempre en el mismo sentido: “El tema predilecto de Ramón de la Cruz consiste casi siempre en demostrar, tal vez sin querer, que los hijos de Adán son unos torpes y las hijas de Eva todo lo contrario” (núm. 313, 18 enero 1935, p. 59) o “Presenciamos de nuevo unos rasgos de estupidez masculina y unos finos relieves de inteligencia femenina.” (núm. 315, 1 de febrero de 1935, p. 102). Sin embargo, páginas adelante descalifica con su habitual desparpajo –“Las mujeres políticas en España y fuera, son unas calamidades”– nada menos que a Margarita Nelken, Victoria Kent y Clara Campoamor. ¿Quizás para que brille más nítidamente Federica Montseny?

En medio de la pléyade afeminada, Emilia Pardo Bazán era viril, voluminosa y retrechera como una gitana leída. Su vida fue poco de convento. Con independencia que los hombres eran incapaces de sentir se puso a los maldicientes por montera. Escribió la vida de Francisco de Asís, el *poverello*, como una síntesis laica y atribuyó al paisaje de Galicia un cierto familiar panteísmo. Arrancar a Francisco de Asís del cielo fue tarea algo diablesca, tarea titánica cuando se vive entre congregantes y sacristanes. ¡Qué mujeres las españolas si encontraran hombres en vez de gallinas! Cuando se refiere la Pardo Bazán a Francisco de Asís como hombre, los acentos de la autora son originales y convencidos: cuando se refiere a Francisco de Asís como inquilino de altar fracasa la escritora entre nubes de convencional incienso.

Demasiados santos de ritual y breviario. Con curiosidad intelectual iba Emilia Pardo Bazán por pazos y *corredoiras*, lo mismo que de salón en salón. No quería encontrar ningún santo. No quería aumentar el repertorio de bienaventurados ni reproducir con lírica lluviosa, como Rosalía de Castro, la *morriña* galaica y el patinaje melancólico. Se burlaba de los varones plegadizos y fosforescentes. “Tenía muchos hoyuelos en la cara rebosando salud y alegría y un temperamento eminentemente varonil, pero exento siempre de pedantería”⁴. Estas palabras son de Kasabal y confirman, con el “pero” tal vez subconsciente, la verdad de que la pedantería en España es masculina por derecho propio.

Como es masculina la debilidad y el charlatanismo. Para que una mujer sea profesional de los mítines, ha de ser una mujer de pura vagancia, enemiga del paisaje y del libro, amiga de la oratoria de hojadelata que se prodiga en los actos públicos, pues no ha surgido todavía ningún orador, ni siquiera de latón. El profesional oyente de mítines es hombre, como es también actor de todas las guerras el hombre, legislador, magistrado y verdugo. Hay seguridad absoluta de que ninguna autoridad podría hallar mujeres para el oficio de verdugo y halla, en cambio, todos los hombres que quiere.

⁴ La cita completa de “Kasabal” (1897: 307), seudónimo de José Gutiérrez Abascal: “Blanca y rubia como las mujeres del Norte, que tienen en la cumbre de su montaña nieve, y que cosechan en los campos de sus frondosos valles el maíz madurado por el sol; si no baja, muy lejos de la estatura alta que impone; con curvas en vez de líneas acentuadas; con muchos hoyuelos en la cara rebosando salud y alegría, y los ojos entornados de la miope que desea ver sin el auxilio de los lentes” y en el párrafo siguiente: “una señora de tanta distinción como amabilidad, de talento admirablemente cultivado, amenísima en la conversación si ésta no pasa de lo que nuestros vecinos los franceses llaman *causserie*, y profunda si se formaliza y eleva, revelando la energía de un pensamiento eminentemente varonil, pero libre siempre de pedantería: una persona, en fin, a quien se admira por su genio y que se capta simpatías por su carácter...”

No se trata ahora de galantería. Sería una cosa trasnochada. Es, sencillamente, constatar hechos. La mujer puede estar aquejada de incontinenia palabrera, pero no hace de ella oficio como el político y el charlatán de mitin. Puede tener instintos autoritarios, pero no los pone en ninguna nómina, ni hace de ellos granjería como los políticos y los tribunos obreristas o burgueses. Emilia Pardo Bazán creía en la superioridad de la mujer sobre el hombre. No comprender esta superioridad es la tragedia de España, que vive todavía en la edad de piedra, edad de íberos pétreos, edad barroqueña de hombres puntillosos y aquejados de narcisismo o absolutamente toscos, ariscos y reaccionarios.

En 1907 hubo en Madrid un asesinato seguido de suicidio. De un navajazo, cierto flamenco, partió el corazón de una mujer –porque la amaba– y luego se partió el corazón a navajazo sucio el asesino. Al referirse a aquella salvajada –ocurrió en la calle de las Huertas– Emilia Pardo Bazán evoca a Barrés, quien dijo que España era “el país más desenfrenado del mundo”⁵. He aquí el comentario de la Pardo Bazán: “No hubo agonía, no hubo quejidos, ni el más leve indicio de que aquellos dos cuerpos humanos extendidos uno al lado del otro eran dos cadáveres. Hermoso caso, ¿verdad, Barrés? Stendhal diría del asesino suicida de la calle de las Huertas que era todo un hombre.” Y añade la Pardo Bazán: “Lo mismo puede decirse que era todo un jabalí.”

En esta frase está condensado el más justo desprecio para la bestia humana con pantalones, y aun para los escritores hispanistas de entierro como Barrés. Si la bestia humana con pantalones tiene aficiones crueles, la cima de estas aficiones crueles es la política. Emilia Pardo Bazán trataba a muchos políticos achaquientos. Leed lo que dice de ellos en una crónica: “Tampoco en Bélgica ni en Inglaterra, naciones donde el parlamentarismo nos figuramos que brota del suelo como planta indígena, son las elecciones ni las Cortes expresión del mandato y de la voluntad popular. También allí para los diputados son letra muerta los intereses altos y generales, y sólo importan los relativos y ocasionales que pueden influir en la conservación del distrito y, por consiguiente, en el propio medro.”

Es la novela, para Emilia Pardo Bazán, una especie de juego de prendas, aunque de prendas casi recién llegadas. No querría poner en solfa el catolicismo, pero leed lo que dice en cierto artículo de 1897, con un convencimiento expresamente declarado de conformidad: “En otras naciones el escritor envidia al escritor, la hermosa a la hermosa, el banquero al banquero, pero España ofrece la

⁵ Auguste-Maurice Barrés (1862-1923) fue un escritor, político y publicista francés en gran predicamento entre la generación del 98.

particularidad de que los curas envidian a las bailarinas, los pintores a los toreros, los notarios a los tenores, y así por el estilo.”

Carlos, el pretendiente al trono de España –un berroqueño, un pobre hombre– tachó los escritos de Emilia Pardo Bazán de liberales, protervos y escandalosos. ¡Y sigue el pétreo masculinismo cerril, la cornada del berrendo español que asesina a la mujer y la degüella, sin vencerla más que a traición, a fuerza bruta y puñalada tramera!

Siempre resalta la superioridad de la mujer. Ella cuida de la prole en los años más comprometidos: ella soluciona el problema del paro que no sabe solucionar el hombre y ella va a trabajar para que muchas veces pueda el gandul fumar y darse a la bebida. Cuando el hombre trata a los hijos como quiere, los lleva a la taberna y les enseña a asistir a los mítines o bien les obliga, a los doce años, a trabajar –con protesta de la madre– en una tarea extenuadora.

Emilia Pardo Bazán tenía conciencia de estas contradicciones. Escribía una crónica cada quincena en cierta publicación barcelonesa, alternando con Castelar, en 1897. Trata éste siempre temas de cuestiones diplomáticas –en las que había fracasado siempre como gobernante– y de política faraónica. Decía, por ejemplo: “La pobre tierra nuestra, de paz ávida y de paz necesitada para que pueda el espíritu humano continuar por el trabajo la creación divina hecha por el verbo, sufre las más extraordinarias plagas, el azote de la guerra difundida por todas partes...” Estas y otras babilónicas palabras contrastan con otras de la Pardo Bazán, narrando sencillamente los inconvenientes del teléfono mal instalado, la profusión de rosas verdes en su granja de Meirás o el arte de confeccionar un postre, aunque no dejara de acumular insensateces a veces como al hacer la necrología almibarada de Cánovas⁶ y referirse, con elogio, a otros viles personajes por el estilo, personajes que organizaban asesinatos refinadamente crueles en Cuba, en España, en Puerto Rico y en Filipinas. No sabía la escritora que los hechos justicieros de Rusia se debieran a mujeres de convicciones revolucionarias más que a hombres, y que Cánovas moría, y no a manos de ningún español, por su recalcitrante tozudez absolutista de acción, por su desprecio a la vida de los españoles y no de los italianos.

⁶ La necrológica que doña Emilia le dedica a José Cánovas del Castillo, asesinado en Mondragón el 8 de agosto de 1897, fue publicada en el número 817 de *La Ilustración Artística* con el título de “La tragedia”, 23 de agosto de 1897, pág. 546.

El sentimiento de patria es tan artificial, que siempre podréis ver a los patriotas, en su período álgido, identificados con enfermos. Hay patriotas que al hablar en una tribuna de la patria sacrosanta, parece que se quejan de que les duele el hígado; otros patriotas parecen beodos delirantes, y todos los oyentes dirían que les duele el vino a los oradores allá en la profundidad de su cueva craneana. Emilia Pardo Bazán sentía el patriotismo jocoso, como si jugara a prendas en la suerte algo taurina, aunque de salón, que se llama “hacer un favor y un disfavor”. De sus escritos podían destacarse afirmaciones patrióticas y antipatrióticas, respetuosas y otras veces volterianas. Veamos. Patricio de la Escosura era un académico, enemigo jurado de que las mujeres ingresaran en la Academia, y decía que antes tenían que entrar en quintas. ¡Olé los hombres quintando para ir a matar! Emilia Pardo Bazán escribió una carta a cierta señora que fracasó en su empeño de entrar en la Academia. Recordaba la novelista de Marinada que ya Feijóo, un tonsurado, es decir, un no-hombre, tuvo que refutar el soez argumento masculino que atribuía el nacimiento de la hembra “a una insuficiencia o descuido de las fuerzas naturales, pues la Naturaleza, en no cogiéndola descuidada, siempre produce varones”. Y añade la Pardo Bazán burlándose de los hombres: “El aura de mi supuesta candidatura sopló desde fuera de la Academia, y desde dentro dieron un portazo, temerosos (los hombres) de una pulmonía... En la tertulia de hombres solos. No hay nada más fastidioso que una señora.” Se refiere a las tertulias académicas, cuando los académicos, viejos verdes por lo regular, hacen chistes concupiscentes y cuentan chascarrillos de taberna.

La novelista piensa que ella es una pulmonía para los académicos y dice frases irreverentes. Recuerda al rey Alfonso llamado el Sabio, que abominaba de las mujeres y como los masculinistas de 1889 invocaban al rey plagiarlo de las *cantigas* y de las malas *partidas* contra las faldas, escribía la Pardo Bazán que los mismos académicos no partidarios de que fueran a la Academia las mujeres, eran partidarios de que fueran al trono. Indudablemente señalaba al celeberrimo y superferolítico Pezuela, el general más isabelino de España a la vez que director de la Academia y escritor que tradujo obras maestras italianas con la misma insolvencia que emplearía Pérez Madrigal para traducir el Pentateuco.

Claro que Emilia Pardo Bazán exceptuaba de su enojo a los notorios feministas: Quintana, Hartzenbusch, Pastor Díaz, Pacheco, y alababa al único hombre de relieve que se negó dignamente a ser académico –Gayangos–, pero proclamaba su candidatura perpetua a la academia. Probablemente querría abocar a aquellos desdichados académicos de chabacanería andante. Hubiera sido, con todo, mucho más gallardo en ella reírse de la Academia sin querer entrar, recordando que el 2 de noviembre de 1784 la iletrada marquesa de Guadalcazar fue recibida

en la indocta corporación. Las cartas a que aludo en este trabajo, están en “El Correo” de Madrid de 1889 y en “La América” de Nueva York del mismo año, y pueden leerse reproducidas en la *Vida de Gertrudis Gómez de Avellaneda*, por E. Boxhorn (1929)⁷.

La Mitología es un laberinto de torpezas de los hombres, atribuida a dioses, y a la vez un ejemplario de lucidez femenina. Asombra la seguridad crítica de las mujeres no envenenadas por el culto a los trapos, al espejo o a la política. Las mujeres políticas en España y fuera, son unas calamidades. Recordemos que la socialista Margarita Nelken colaboró, de manera ultraburguesa y almibarada, en *Blanco y Negro*, órgano de Alfonso 13, y ahora es un servil resonador soviético. Cuando *Blanco y Negro* dedicó un número al Romanticismo el 4 de enero de 1931, Margarita Nelken escribió el artículo más redicho, lisonjero y halagador para la gente de dinero. De Victoria Kent más vale no hablar, porque los que estuvimos presos bajo su contundente patrocinio cuando los guardias de asalto entraban a la cárcel a apalearnos, la conocemos bien. ¿Y Clara Campoamor? Ni siquiera la quieren los lerrouxistas, a los que ni gratis quiere ver. “Los negocios van mal –dice un almacenista–: ni siquiera compran los clientes que nunca pagan.”

Creía Emilia Pardo Bazán que es imposible engañar a un gallego, como si el gallego no fuera engañado contantemente y hasta vendido en canal por curiales, burgueses y políticos. Ella vivía en un salón de marfil al margen de necesidades y apuros. Era muy criticada por criar a los hijos y ella misma, y se defendía del reproche con rubor excesivo. Silvela dijo de ella que era la Staël española, y no faltó quien la comparara a la Seigné, a Jorge Sand y a Turgueniev. ¡Exageraciones! La novelista gallega era muy sensible, y en *La Tribuna* es donde menos lo demostró, porque quiso pintar al pueblo sin conocerlo. En cambio, la cuestión del naturalismo novelesco lo trató con despejo en *La cuestión palpitante*, que no era tan palpitante como creía la granjera coruñesa autora de *Los Pazos de Ulloa*.

El estilo que emplea es rico en recursos fáciles. Tiene siempre un prurito de adornar los textos y de adornarse con la preocupación de no desmerecer si se compara su obra con la de los escritores. Esta preocupación no fue muy favorable para ella. En sus *Memorias de un solterón*, se recuerda *El buey suelto* de Pereda.

⁷ Véase Domingo Figarola-Caneda (1929): *Gertrudis Gómez de Avellaneda: Biografía, bibliografía e iconografía, incluyendo muchas cartas, inéditas o publicadas, escritas por la gran poetisa o dirigidas a ella, y sus memorias*, Madrid, Industrial Gráfica, con notas ordenadas y publicadas por Emilia Boxhorn, viuda de Figarola-Caneda.

Su otra preocupación fue “estar al día” en novedades literarias. Azorín es más clásico que ella y más joven a la vez. Emilia Pardo Bazán fracasa en sus cuentos cortesanos. En los idilios rurales, sobra salón; es decir, sobra observatorio lejano y arroyo.

Se cuenta de Napoleón que envió al conde de Narbona a cumplir un encargo a Rusia. Era en tiempos de vacas gordas.

–¿Qué se dice de mí por el mundo? –preguntó el emperador al conde con malicia de escamado.

–Que sois un dios.

–¿Hay acuerdo en esa opinión? ¿Es unánime?

–¡De ninguna manera!

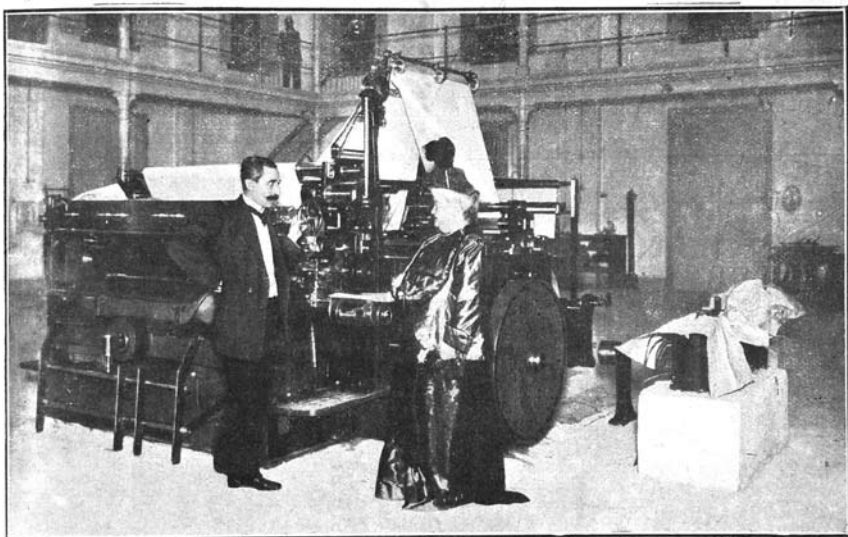
–Que sois un diablo... ¡Nadie dice que sois un hombre!

Admirable frase, con la que debieron estar conformes las dos esposas públicas de Napoleón, puesto que las dos se dedicaron a dotar de apéndices córneos al emperador. Los hombres adoraban a éste como si fuera un dios, y las mujeres lo burlaban.

Al final de uno de los *Cuentos de Marineda* de Emilia Pardo Bazán, el titulado “La dama joven”, hay una frase sin par, que define, como la del conde de Narbona, los instintos de asalto y de hipocresía del macho, del bípedo implume, protagonista de masacres y sermones, laicos o no:

“–¿Ese? –exclamó Estrella cortando con los dientes la punta del puro—. Lo que le dará ese bárbaro será un chiquillo cada año y, si se descuida, una paliza...”

Felipe Aláiz



Vigo: La Condesa de Pardo Bazán, en los talleres del *Faro de Vigo*, con el director de dicho diario, Don Eladio de Lema
Fto José Gil

Vida Gallega, núm. 174, 30 xuño 1921. Biblioteca da Real Academia Galega.